

cés, comienza ya á ser sustituida por un brillante grupo de poetas jóvenes, que traen ideales artísticos muy diversos, y en los cuales, por lo poco que á mí ha llegado de sus obras, parece que predomina el gusto de los *parnasianos* franceses y de algunos modernos poetas italianos. ¡Ojalá que tal tendencia, favorable siempre á la pulcritud y al esmero en la técnica, no degenerare, como en Francia ha degenerado, en pueril *dilettantismo*, y que al seguirla, los novísimos poetas americanos acierten á conciliarla con lo que de ellos exige la tradición poética española, y con el respeto á las grandes y primitivas fuentes de toda poesía! (1).

(1) Era mi objeto dar en esta nota una lista de los poetas mexicanos que omito por considerarlos vivos, pero luego he reflexionado que este trabajo estaba muy expuesto á sensibles omisiones, y he desistido de él. Únicamente debo advertir, que no he incluido en esta colección á la excelente poetisa Isabel Prieto de Landázuri, que falleció en Hamburgo en 1876, pues aunque mexicana por adopción, había nacido en España, en Alcázar de San Juan. De otra poetisa, llamada Dolores Guerrero, que falleció en 1858, conozco algunos versos apasionados, incorrectos y demasiado íntimos que, á la verdad, no me han parecido dignos de figurar en una colección donde van los de sor Juana Inés de la Cruz. En Bogotá se ha publicado un tomo entero de *Poetisas mexicanas* (Imprenta de J. J. Pérez, 1889), donde podrá satisfacer su curiosidad el aficionado á la literatura femenina.

México ha sido visitada en este siglo por bastantes poetas españoles, que han escrito y publicado allí algunas de sus obras. Además de Zorrilla, hay que recordar á García Gutiérrez, que residió algún tiempo en Mérida de Yucatán, é hizo representar é imprimió allí tres dramas en 1844 y 1845, *La Mujer valerosa*, *Los Alcades de Valladolid* y *El Secreto del Ahorcado*, y escribió también *El Duende de Valladolid, tradición yucateca*.

Y aunque no fuese la poesía su vocación principal, sería grande injusticia omitir el nombre del escritor montañés D. Anselmo de la Portilla, que contribuyó más que nadie á la reconciliación moral y literaria de españoles y mexicanos, y que ha dejado en aquella República un nombre de los más venerados.

III.

AMÉRICA CENTRAL.

Bajo este nombre se incluyen, como es sabido, las cinco Repúblicas de Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y El Salvador, cuyo territorio corresponde al de la antigua Audiencia y Capitanía General de Guatemala, separado de la Madre Patria, sin excisión ni lucha, en 1821: vasta región, de inmensa importancia geográfica, que «se extiende como un puente gigantesco levantado entre los Océanos Atlántico y Pacífico para unir los grandes continentes del Norte y del Sur del Nuevo Mundo» (1). La historia literaria de estos países ha sido mucho menos estudiada hasta el presente que su historia política: los más antiguos escritores guatemaltecos andan revueltos con los mexicanos en la *Biblioteca* de Beristain, y por mexicano pasa en el concepto de muchos el más importante de todos ellos, contribuyendo á tal confusión el título mismo de su obra (2).

(1) M. M. Peralta, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI*, pág. 7.

(2) Para comodidad de quien en lo futuro emprenda un trabajo especial sobre este punto, notaré los nombres de los centroamericanos comprendidos en Beristain, cuya obra, como es sabido, carece de índices.

Acuña (D. Esteban), Aguirre (D. Luis Pedro), Alarcón (Fr. Francisco), Alonso (Fr. Juan), Álvarez Toledo (Fr. Juan Bautista), Angulo (Fr. Luis), Anleo (Fr. Bartolomé), Arévalo (Fr. Bernardino), Arias (P. Antonio), Arochena (Fr. Antonio) que dejó manuscrito un *Catálogo y noticia de los escritores del orden de San Francisco de la provincia de Guatemala con tres índices: uno de los que escribieron en latín, otro de los que escribieron en castellano, y el*

El conquistador Pedro de Alvarado; el Obispo de Chiapa, Fr. Bartolomé de las Casas; el Muntaner de la conquista americana, Bernal Díaz del Castillo, el apostólico varón Fr. Pedro de Betanzos, y el incomparable prelado D. Francisco Marroquín, dan honrosísimo y ca-

último de los que escribieron en lengua de los indios. Arrece (D. Pedro), Arrivilaga (P. Alonso), Avilés (Fr. Esteban), Azpeitia (P. Ignacio), Barca (Fray Joaquín de la), Batres (Ilmo. Sr. D. Juan), Becerra (Fr. Francisco), Berrio y Valle (D. Juan), Betancur (Fr. Alonso), Betancur (Fr. Rodrigo de Jesús), Caballero (Fr. Ignacio), Cáceres (P. Antonio), Cadena (Fr. Carlos), Cadena (Fr. Felipe), Cagiga y Rada (D. Agustín), Campas (D. Antonio Rodríguez), Campo Ribas (D. Manuel), Cañas (P. Bartolomé), Cárdenas (Fr. Juan), Cárdenas (Fr. Pedro), Carracedo (D. Juan), Carrasco del Saz (D. Francisco), Castro (Fr. Pedro), Cid (Fr. Juan de Dios), San Cipriano (Fr. Salvador de), Cordero (Fr. Juan), Córdoba (Fray Matías), Corral (D. Felipe Ruiz), Coto (Fr. Tomás), Dávalos (Fr. Luis), Dávila (Fr. Antonio), Dighero (Fr. Miguel), Santo Domingo (Fr. García de), Echevers (D. Francisco), Enríquez (D. Alonso), Espino (Fr. Fernando), Figueroa (Fr. Antonio), Figueroa (Fr. Francisco), Flores (Fr. Alonso), Flores (D. José), Fuente (Fr. Diego José), Fuentes Guzmán (D. Francisco Antonio), Guevara (don Baltasar Ladrón de), Iriondo (Fr. José), Itúrbide (D. Miguel María), Itúrbide (Fr. Pedro), San José (Fr. Baltasar de), Juarros (D. Domingo), Landívar (P. Rafael), Larrainaga (D. Miguel), Letona (D. Manuel), Llana (Fr. Ignacio), Lobo (Fr. Martín), Luque Butrón (D. Juan), Madre de Dios (Fr. Ambrosio de la), Maldonado (Fr. Francisco), Márquez y Zamora (D. Francisco), Melgarejo (D. Ambrosio), Melián (Fr. Pedro), Melón (D. Sebastián), Mesicos y Coronado (D. Carlos), Mendoza (Fr. Antonio), Mendoza (Fr. Juan), Molina (Fr. Antonio), Moneva de la Cueva (D. Basilio), Monroy (Fr. José), Montalvo (D. Francisco Antonio), Morales (Fr. Blas), Morcillo (Fr. Francisco), Morera (Fr. José), Núñez Fesuño (D. Francisco), Núñez (Fr. Roque), Oreña (D. Baltasar), Orozco (D. Diego López), Padilla (D. Juan José), Paniagua (Fr. Nicolás), Paz (Fr. Álvaro), Paz Salgado (D. Antonio), Paz Quiñones (Fr. Francisco), Paz (D. Nicolás), Pineda y Polanco (don Blas), Portillo (P. Atanasio), Prado (Fr. José), Quiñones Escobedo (Fray Francisco), Quirós (Fr. Juan), Ramírez Utrilla (Fr. Antonio), Ramírez de Arellano (D. Juan), Reinoso (Fr. Diego), Rendón (D. Francisco), Retes (D. José Victoria), Riba Agüero (D. Fernando), Rivas Gastelu (Fr. Diego), Río (Fr. Francisco), Rodas (Fr. Andrés), Ruiz (Fr. Domingo), Salazar (Fr. Juan José), Salcedo (Fr. Francisco), Sánchez (Fr. Jacinto), Saz (Fray Antonio del), Sicilia y Montoya (D. Isidoro), Sotomayor (Fr. Pedro), Sump-

lificado principio a la cultura literaria de Guatemala con sus obras catequísticas é historiales. Pero de los orígenes de la poesía y de la amena literatura tenemos muy escasas noticias. El más antiguo poeta, cuyo nombre hallamos, es D. Pedro de Liébana, deán de la catedral de Guatemala, de quien se leen dos sonetos en el manuscrito de la *Silva de poesía*, de Eugenio de Salazar, que antes de ir de Oidor a la Audiencia de México, había sido Fiscal de la de Guatemala, por los años de 1580, y que fecha desde allí algunas de sus composiciones. Una de ellas es cierto soneto encomiástico «al libro de las obras llenas de doctrina, erudición y gala del ilustre poeta D. Pedro de Liébana», de quien sentimos no poder dar más individual noticia, si su mérito correspondía a los extraordinarios encarecimientos de sus panegiristas:

Jardín de mil lindezas adornado,
 Floresta llena de preciosas flores,
 Pintura de vivísimos colores,
 Joyel de esmaltes ricos esmaltado:
 Palacio donde se han aposentado
 Las Musas con sus dotes y primores;
 Torre donde Minerva sus valores
 Y sus tesoros ha depositado.

De otro ingenio, al parecer andaluz, que residió en Guatemala a fines del siglo XVI, nos ha dejado memoria Miguel de Cervantes en el *Canto de Caliope*, y en el

sin (P. Clemente), Taracena (D. Manuel), Tobilla (Fr. Pedro), Tosta (don Bonifacio), Ugarte (P. Juan), Umpierres (Fr. José), Valtierra (P. Antonio), Valtierra (P. Fernando), Valtierra (P. Manuel), Varona y Loaiza (D. Jerónimo), Vázquez (Fr. Francisco), Vázquez Molina (Fr. Juan), Velasco (Fray José), Velázquez (P. Andrés), Ximénez (Fr. José), Zapiain (Fr. Pedro), Zepeda (P. José), Zeballos (Fr. Agustín), Zeballos Villa Gutiérrez (D. Ignacio), Zúñiga (Fr. Domingo).

Viaje del Parnaso. Llamóse Juan de Mestanza; de él se lee en el primero de estos poemas laudatorios:

¡Oh tú, que al patrio Betis has tenido
Lleno de envidia, y con razón quejoso
De que otro cielo y otra tierra han sido
Testigos de tu canto numeroso!
Alégrate, que el nombre esclarecido
Tuyo, Juan de Mestanza generoso,
Sin segundo será por todo el suelo
Mientras diere su luz el grato cielo.

El otro cielo y la otra tierra á que se alude, eran el cielo y tierra de Guatemala, según se declara en el *Viaje del Parnaso* (1614).

Llegó Juan de Mestanza, cifra y suma
De tanta erudición, donaire y gala,
Que no hay muerte ni edad que la consuma.
Apolo le arrancó de *Guatemala*,
Y le trujo en su ayuda, para ofensa
De la canalla en todo extremo mala.

De los 131 escritores centro-americanos (en su mayor parte guatemaltecos, y muchos de ellos franciscanos) que, salvo error, hemos contado en la Biblioteca de Beristain, sólo hay unos quince poetas; escaso número para tres siglos; mucho más si se considera que la mayor parte no son más que versificadores de circunstancias.

Pertenecientes casi todos á los peores días de los siglos XVII y XVIII, fácil es imaginar cuál será el gusto predominante en sus composiciones. El jesuíta Alonso de Arrivillaga escribió *Certamen poético latino y castellano en honor del recién nacido Niño Jesús, bajo la alegoría de Esculapio*; otro jesuíta, el P. Ignacio de Azpeitia, *Certamen poético..... en honor del recién nacido infante Jesús, representadoq bajo la figura del*

Aguila; el P. Antonio Cáceres trató el mismo asunto *bajo la alegoría de Ciprés*; el P. Fernando Valtierra *bajo el emblema de Fénix*; el estudioso cronista descendiente de Bernal Díaz del Castillo, D. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, que había titulado á su historia de Guatemala *Recordación florida*, compuso además la *Limosna política, El Milagro de la América*, ó descripción en verso de la catedral de la misma ciudad, una *Vida de Santa Teresa* en coplas castellanas, y una descripción, también en verso, de las fiestas con que se celebró el cumpleaños de Carlos II en 1675 (1). El gusto crespó y enmarañado duraba todavía en el segundo tercio del siglo pasado, como es de ver en las *Lágrimas de Aganipe*, que el abogado D. Manuel de Taracena publicó en 1766, deplorando la muerte del jesuíta Villafañe, asesinado en la cárcel de Guatemala por un negro á quien ayudaba á bien morir. Como imitador de D. Diego de Torres logró cierta fama otro abogado guatemalteco, D. Antonio Paz Salgado, de quien Beristain cita varios opúsculos. *Verdades de grande importancia para todo género de personas* (1751), *El mosqueador ó abanico con visos de espejo para ahuyentar y representar todo género de tontos y majaderos* (1742). Pudieran añadirse otros nombres oscuros, como el del dominico Fr. Felipe Cadena, que imprimió

(1) La ha reproducido el Sr. D. Justo Zaragoza al fin del primer tomo de la *Recordación florida* (páginas 435 y 451), publicada por la *Biblioteca de Americanistas* en 1882. El título de la rarísima edición original impresa en Guatemala, por Joseph de Pineda Ibarra, en 1675, es *Fiestas Reales, sus geniales días y festivas pompas celebradas á felicisimos trece años, que se le contaron á la Majestad de nuestro Rey y Señor D. Carlos II.....* La relación está en quintillas con una dedicatoria en redondillas.

en 1779 un *Acto de contrición* en verso castellano, el del franciscano Fr. Juan de Dios Cid, el del jesuíta P. Atanasio Portilla, autor de elegías y odas latinas; sin contar con los que poetizaron en lenguas indígenas, y aun hicieron en ellas algún ensayo dramático. Pero hablando con todo rigor, la poesía en Guatemala no comienza sino con el P. Rafael Landívar y con fray Matías de Córdoba.

Si es cierto, como lo es sin duda, que en materias literarias importa la calidad de los productos mucho más que el número, con Landívar y con José Batres tiene bastante Guatemala para levantar muy alta la frente entre las regiones americanas. El P. Landívar, autor de la *Rusticatio mexicana*, es uno de los más excelentes poetas que en la latinidad moderna pueden encontrarse. Si desechando preocupaciones vulgares, damos su debido aprecio á un arte, no ciertamente espontáneo ni popular, pero que puede en ocasiones nacer de una inspiración realmente poética; si admitimos, como no puede menos de admitir quien haya leído á Poliziano, á Fracastorio y á Pontano, que cabe muy fresca y juvenil poesía en palabras de una lengua muerta: si tenemos además en cuenta el mérito insigne aunque secundario de la dificultad vencida, y los sabios primores de una técnica ingeniosa, no tendremos reparo alguno en reconocer asombrosas condiciones de poeta descriptivo al P. Landívar, á quien, en mi concepto, sólo faltó haber escrito en lengua vulgar, para arrebatarse la palma en este género á todos los poetas americanos, sin excluir acaso al cantor de *La Agricultura en la zona tórrida*. De los versos latinos modernos hablan mal sin distinción todos los que no los entienden ni pueden leerlos, como tam-

poco entienden ni leen los antiguos que, sin embargo, toman por punto de comparación para declarar tarea absurda y pueril todo empeño de imitarlos. Pero el hombre de gusto y de cultura clásica, distingue muy fácilmente entre los poemas de centón y de taracea, llamados *versos de colegio*, que no pueden tener más valor que el de una gimnasia más ó menos útil, y cuyo abuso puede ser pernicioso, y los versos latinos verdaderamente poéticos compuestos por insignes vates que eran al mismo tiempo sabios humanistas, y que acostumbrados á pensar, á sentir, á leer en lengua extraña, que no era para ellos lengua muerta, sino viva y actual, puesto que ni para aprender, ni para enseñar, ni para comunicarse con los doctos usaban otra, encontraron más natural, más fácil y adecuado molde para su inspiración en la lengua de Virgilio, que en la lengua propia, sin que para eso les fuera menester zurcir retales de la púrpura ajena, puesto que poseían absoluto dominio del vocabulario y de la métrica, y el espíritu de la antigüedad se había confundido en ellos con el estro propio, hasta hacerlos más ciudadanos de Roma que de su patria. Angelo Poliziano, por ejemplo, es mucho más poeta en latín que en italiano. Y quien diga que el poema *De la Sífilis*, de Fracastor, ó la *Cristiada* y la *Poética*, de Vida, ó los *Besos*, de Juan Segundo, son poesía arcaica, fría y de escuela, dirá una necedad solemnisima, y probará que no tiene gusto ni entendimiento de poesía.

Al género de la poesía neolatina de verdad pertenece la *Rusticatio*, del P. Landívar, que es entre los innumerables versificadores elegantes que la Compañía de Jesús ha producido, uno de los rarísimos á quienes en buena ley no puede negarse el lauro de poeta. No

porque en lo esencial dejen de pertenecer sus versos á la escuela descriptivo-didáctica que por excelencia llamamos *jesuítica*, y á la cual se deben tantos ingeniosos caprichos métricos sobre el té y el café, sobre la pólvora, sobre el imán, sobre los terremotos, sobre los relojes, sobre el arte de la conversación, sobre las bodas de las plantas, sobre el gusano de seda, sobre la caza y la pesca, sobre los cometas y el arco iris, sobre la aurora boreal, sobre el barómetro, sobre el juego de ajedrez, y hasta sobre el agua de brea, sino porque en pocos, en muy pocos de los hábiles artífices que trabajaron tales poemas, ni siquiera en Rapín y en Vanière, descubrimos inspiración tan genial y tan nueva, riqueza tan grande de fantasía descriptiva, y una tal variedad de formas y recursos poéticos como la que encontramos en el amenísimo poema del P. Landívar. Desde que casi en nuestra infancia leímos algunos versos de este poema en una de las notas que pone Maury á su espléndido canto de *La Agresión británica*, entramos en gran curiosidad de adquirir y leer la *Rusticatio*, deseo que sólo se nos cumplió bastantes años después, por ser libro difícil de hallar aun en Italia, donde se imprimió dos veces durante el destierro de su autor con los demás hijos de la Compañía. Hoy nos complacemos en tributarle aquí el elogio que estimamos justo, lamentando sólo que la lengua en que está escrito nos impida presentar en el texto de la *Antología* ninguna muestra de esta poesía tan genuinamente americana. Pero ya que no en su texto original, que aquí no tiene cabida, algo verán de la *Rusticatio* nuestros lectores en la magistral versión parafrástica que del primer canto relativo á los *Lagos* ha hecho el elegantísimo poeta mexicano D. Joaquín Arcadio Pa-

gaza, con lo cual podremos también, aunque indirectamente, dar entrada en esta colección al autor de los *Murmurios de la Selva*, que es sin contradicción uno de los más acrisolados versificadores clásicos que hoy honran las letras españolas.

La Musa del P. Landívar es la de las *Geórgicas*, remozada y transferida á la naturaleza americana. Pero aunque Virgilio sea su modelo, y una gran parte del libro merezca el nombre de *Geórgicas* americanas, no se ha de creer que la *Rusticatio* sea un poema de materia puramente agrícola, como los cuatro divinos libros de Virgilio. La *Rusticatio*, que está dividida en quince libros con un apéndice, abarca mucho más, y es una total pintura de la naturaleza y de la vida del campo en la América Septentrional: vasto y riquísimo conjunto de rarezas físicas y de costumbres insólitas en Europa. La novedad de la materia, por una parte, contrastando con lo clásico de la forma y obligando al autor á mil ingeniosos rodeos y artificios de dicción para declarar cosas tan extraordinarias, y por otra el sincero y ferviente amor con que el poeta vuelve los ojos á la patria ausente y se consuela con reproducir minuciosamente todos los detalles de aquella Arcadia para él perdida, empeñan poderosamente la atención de quien comienza á leer la *Rusticatio*, desde la sentida dedicatoria á la ciudad de Guatemala, y luego creciendo el interés y la originalidad de canto en canto, van apareciendo á nuestros ojos, como en vistoso y mágico panorama, los lagos de México, el volcán de Xorullo, las cataratas de Guatemala; los alegres campos de Oaxaca; la labor y el beneficio de la grana, de la púrpura y del añil; las costumbres y habitaciones de los castores; las minas de oro y de

plata, y los procedimientos de la Metalurgia; el cultivo de la caña de azúcar, la cría de los ganados y el aprovechamiento de las lanas; los ejercicios ecuestres, gimnásticos y venatorios; las fuentes termales y salutíferas; las aves y las fieras; los juegos populares y las corridas de toros: todo lo que el autor compendia en los versos de su proposición, que traduce así Pagaza:

Á mi me agrada sólo del nativo
 Suelo ferace recorrer los prados
 Al impulso de vivo
 Patrio amor, y los lagos azulados
 De México; y de Flora á los serenos
 Huertecillos flotantes
 De amapolas y lirio y rosas llenos
 Ir en canoas leves y sonantes.
 Ya la cumbre negruzca del Jorullo
 En donde impera el sículo Vulcano,
 Ya los arroyos que con blando arrullo
 Del monte bajan á regar el llano,
 He de cantar, y la preciosa grana,
 Y el añil que reviste el campo ameno;
 Del castor los palacios, y las minas
 Que esconde Anáhuac en su virgen seno;
 Y las candidas mieles
 Que del azúcar la jugosa caña
 De México produce en los verjeles,
 Y que ávido el colono
 Se apresta diestro á condensar con maña
 De rojo barro en quebradizo cono.
 Y he de cantar los tímidos rebaños
 Que en este suelo pastan esparcidos;
 Y los murmurios de la clara fuente
 Siguiendo su corriente;
 Las costumbres de tiempos fenecidos;
 Y las variadas aves,
 Los sacrificios y los juegos graves.....

Tal es la materia de este peregrino poema, cuyo autor escribiendo en la lengua de los sabios, atinó de lleno con el color local americano que tantos otros han bus-

cado sin fortuna; y ciertamente, quien estudie los orígenes de la poesía descriptiva en el Nuevo Mundo, y las pocas pero selectas muestras que ha producido, pondrá la *Rusticatio* en el punto intermedio entre la *Grandeza mexicana* y las *Silvas*, de Bello. Heredia admiraba mucho este poema, y tradujo de él en verso castellano el episodio de la pelea de gallos (1).

Por el mismo tiempo florecía en Guatemala un sabio dominico, lector de Teología en su provincia de San Vicente, y ornamento grande de la Universidad de San Carlos. Sus Memorias sobre el «modo de leer con utilidad los autores antiguos de elocuencia» y sobre los medios más conducentes á la pronta civilización de los indios, prueban la rectitud de su juicio y la variedad de sus estudios. De su talento poético sólo tenemos una muestra, pero á la verdad notable, el poemita que él modestamente llamó *Fábula moral*, y que lleva por título *La Tentativa del león y el éxito de su empresa*. No diremos que este largo apólogo esté totalmente libre de resabios prosaicos, común escollo de este género y de la literatura de aquel tiempo, pero está en general tan bien escrito y versificado, es tan hábil el enlace de las

(1) Sabemos por Beristain y por los PP. Backer, bibliógrafos de la Compañía de Jesús, que el P. Rafael Landívar nació en Guatemala el 29 de Octubre de 1731, y que después de haber seguido sus estudios en la Universidad de San Carlos, donde se graduó de maestro de Artes, tomó la sotana jesuítica en el noviciado de Tepetzotlan (México), en 1750. Enseñó en el Colegio de Guatemala Retórica y Filosofía, hasta que envuelto en la suerte común de la Compañía pasó á Italia en 1767. Falleció en Bolonia el 27 de Septiembre de 1793. De la *Rusticatio* hay dos ediciones, pero sólo conocemos la segunda, de Bolonia, 1782, que se titula *auctor et emendator*. Publicó además *Funeris Declamatio pro justis a Societate Jesu exolvendis in funere Illm. Dom Francisci Figueredo et Victoria, Popayanensis primum Episcopi, deinde Guatimalensis Archipraesulis*. (Puebla de los Ángeles, 1766.)